

Entre Páginas

Adela Padilla Sámano ¹

Resumen

Este cuento toma lugar en un futuro donde todos los crímenes son castigados de la misma manera; desde robar un lápiz hasta robar un banco. Nadie sabe cuál es el castigo, pero todos lo evitan, y quienes no, desaparecen. Donde parece que hay seguridad a falta de delitos, muchos se preguntan qué es lo que realmente pasa. Elías es uno de ellos. Al descubrirlo, su ingenio lo lleva a un final terriblemente inesperado.

Abstract

This story takes place in a future where all crimes are punished in the same way; from stealing a pencil to robbing a bank. Nobody knows what the punishment is, but everyone avoids it, and those who don't, disappear. Where there seems to be security in the absence of delinquency, many demand the truth, asking what is really happening. Elías is one of them. Upon getting his answer, his cleverness leads him to a terribly unexpected end.

Al final, todo se tiñe de rojo.

En las prisiones no hay criminales, hay castigos. Hay filas sobre filas de diminutos cuartos en pasillos largos y estrechos, dentro apenas caben pequeños escritorios sosteniendo grandes máquinas de escribir y, atrás de ellas su respectivo encorvado escritor. En esta tierra, todos los crímenes se condenan con un solo castigo. Todos, sin importar si robaste algo tan insignificante como un lápiz o si asesinaste a un millón.

Hay noticias sobre noticias siendo proyectadas a diario en las grandes pantallas planas embarradas en los altos edificios, comunicando acerca del benevolente sistema que en este lugar aplica; sobre el índice tan bajo de violencia; sobre la gente mala que

se ha hallado y que ya nunca regresará. “Descansen tranquilos”, hacen coro en monótona armonía las mil pantallas y sus voces, con un solo mensaje, descendiendo hacia los puntitos de gente frecuentando las avenidas seguras.

Una de esas voces dice:

— Esperamos estén teniendo una excelente tarde, aquí Elías López. Estamos hoy con el General Barrena. Hablaremos un poco de lo que hace a esta ciudad, la ciudad más alta en calidad de vida en todo el orbe. Nuestro mundo ideal.

¹ Adela Padilla Sámano. Estudiante de duodécimo grado en Canadian International School. Abu Dhabi, Emiratos Árabes Unidos. Áreas de interés: literatura, ciencias sociales y desarrollo humano. Correo de contacto: ad3la.padilla@gmail.com

Elías habla hacia la cámara y le sonríe a la pequeña multitud. Su mirada se dirige detrás de la cámara, donde su jefa lo monitorea con ojos de águila y se sube los lentes. El guion atrás de la cámara empieza a correr al ritmo de la voz de Elías:

— Es un gusto tenerlo aquí con nosotros, General -leyó el joven.

— Buenas tardes, Elías y ciudadanía.

— Por favor, compártanos, ¿qué es lo que más le gusta de vivir aquí?

— El equilibrio que he logrado. Todos somos iguales. Así como todos merecemos los mismos beneficios, todos merecemos el mismo castigo.

Elías tragó saliva.

— Claro.

El guion seguía “si tú eres bueno, no hay nada que temer”, aunque Elías no dijo nada. Su jefa hizo un ademán impaciente para que continuara y él carraspeó.

— Claro, pero no sabemos cuál es el castigo.

“Sólo que es una muerte extremadamente dolorosa” pensó, pero eso no se atrevió a decir.

— En las calles más oscuras ni usted ni yo estamos en riesgo de que nos roben, asesinen o se atente contra nuestra dignidad. ¿Qué no le parece? -rió toscamente el General, acomodando sus brazos en los apoyos del sofá. Sus ojos pasaron de ser altivez a advertencia-. En mi experiencia, sólo el que esconde algún crimen se agobia con preguntas.

— El gobierno... — hizo un pausa, dejó de leer el guion y con determinación inesperada agregó-. El gobierno nos debe respuestas.

Las cejas del General se arrugaron, acompañadas de una mueca.

— El gobierno te debe resultados. Y los hay. La información es confidencial por el bien del pueblo

-afirmó dirigiéndose directo a la cámara-. Si tú eres bueno, no hay nada que temer.

Y en un parpadeo el edificio regresó a promocionar comerciales.

~

— Lo hablamos antes de la entrevista. Seguir el guion, ese es tu trabajo -exclamó su primera y última jefa mientras Elías entraba a la oficina detrás de ella-. Ya me diste problemas para el resto del año.

— ¿Licenciada, cómo podemos llamarnos periodistas si no hacemos nada por conocer la verdad?

— ¡Por Dios, novato! La verdad es lo que me llega en el correo. Tú *compartes* la información. Eso es todo.

— Pero...

— ¡Basta, Elías! Te di el trabajo y lo arruinaste. Ya no le debo ningún favor al Señor Tomás. Recoge tus cosas y lárgate.

¡Zas! *La canasta de frutas rebota y se hunde en el suelo.*

Accediendo a su casa, con el cuerpo pesado, el celular de Elías vibró. Llamaba el Señor Tomás. Viejo amigo de la familia, gran hombre de negocios con su propia editorial y la más grande en el país desde los últimos años. Agarrando valor, decidió decirle lo que temía de una vez al responder:

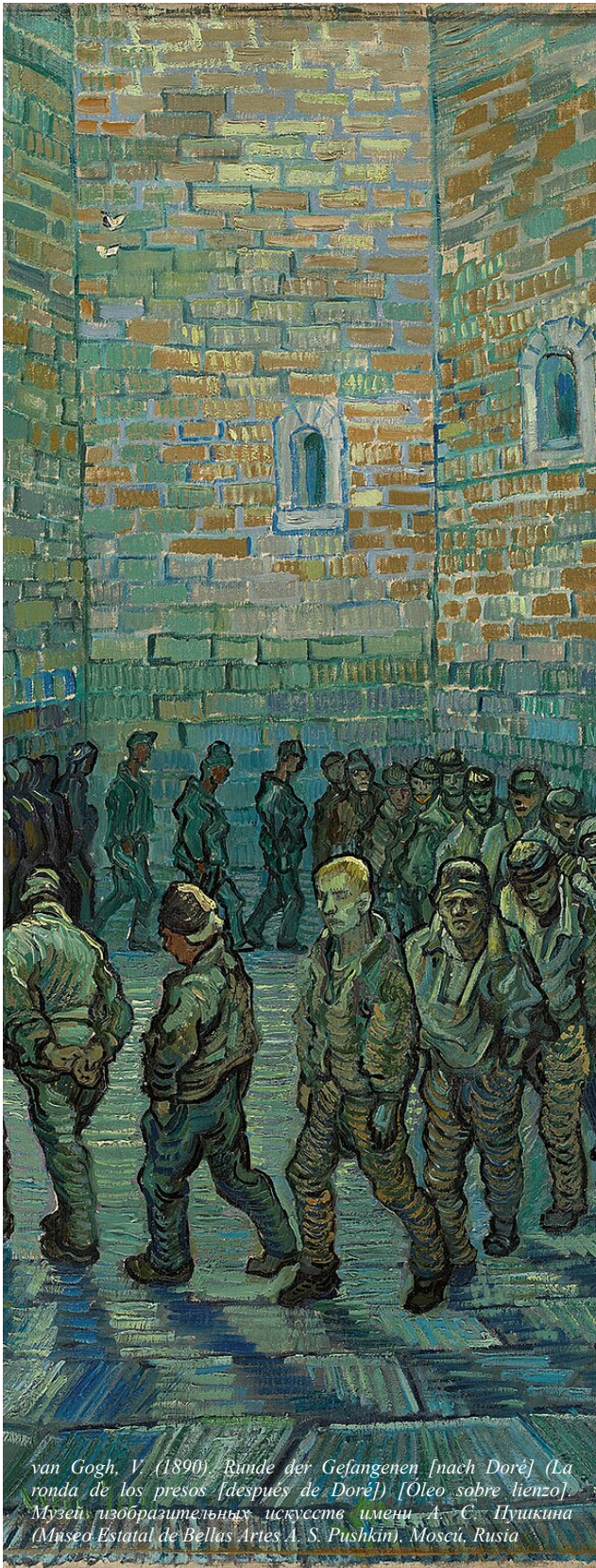
— Señor Tomás, lo lamento, hoy me despidieron.

— Sí, me lo imaginé.

— Le agradezco que me haya conseguido esa oportunidad.

— Fue un gran error, niño. Fuiste estúpido.

— Tenía que decir algo — argumentó con tensión en la garganta.



van Gogh, V. (1890). *Ronde der Gefangenen [nach Doré]* (La ronda de los presos [después de Doré]). [Óleo sobre lienzo].
Музей образительных искусств имени А. С. Пушкина
(Museo Estatal de Bellas Artes A. S. Pushkin). Moscú, Rusia

— Escucha, hablamos de eso después -con impaciencia el delgado hombre echó el humo de su puro, examinando la ciudad por la ventana-. Mira, te llamo por tu papá.

— ¿Mi papá?

— Mañana sabes que se cumple un año desde su accidente y me puse a pensar en él. ¿Nunca te conté que logré hacer que escribiera una de sus historias?

— ¿En serio?

— La iba a publicar aquí conmigo. Era sorpresa.

— ¿Tiene la historia? Me las solía contar pero no sabía que por fin había escrito una. Es increíble.

Respiró hondo, observando la foto de su papá y él colgada en su habitación.

— De hecho, para eso te llamo. Sé que hoy fue un día difícil pero mañana lo será aún más y supongo que te quería animar. Pasa por mis oficinas mañana y te la entrego. No me sirve de mucho, al fin y al cabo nunca cedió derechos.

— ¿En serio? De verdad, muchas gracias, ojalá me hubiera dicho antes.

— Discúlpame, no sabía qué hacer aquellos días, pero mira, sirvió para hoy. Niño, buenas noches, ya no te molesto más.

— Hasta mañana, Señor Tomás.

Por la tarde del día siguiente, Elías se incorporó en el elevador de cristal del alto edificio, aplastado entre muchos trajes. El aire olía a plástico. Conocía bien cómo llegar a la amplia y blanca oficina que tomaba casi el piso entero, con vista al mejor escenario del flujo urbano.

— Señor Tomás, buenos días -saludó y el aludido se levantó a darle un fuerte abrazo-. Muchas gracias por avisarme.

— Por los López, cualquier cosa -tosió un poco al entregarle un folder manila-. Mira, aquí tienes. Ahí está el pequeño cuento.

Contempló sus manos sobre el folder amarillo.

— Gracias -dijo en falta de palabras.

— Es lo que tú papá habría querido.

— Sobre lo que pasó ayer...

— Olvidalo, no hay de qué preocuparse -interrumpió con seguridad pero sus ojos no se movían del suelo.

Un zapato plano pisa el camino. Él escucha.

Nuevamente en su patio, Elías bajó del carro con el folder en mano con la idea de dedicar las pocas horas del resto del día a buscar un nuevo trabajo; cuando de repente, escuchó unos pasos regulares y firmes acercándose a él. Volteó.

— ¿General, qué hace aquí? -con esposas que radiaban un intenso azul fue encadenado por los dos soldados acompañando a su superior-. ¿Qué? ¿Qué pasa?

— Todo lo que diga será usado en su contra.

— ¿Qué hacen?!

— No, intentar zafarse no sirve — declaró en tono seco el General.

— ¿Esto es por la entrevista?

El General sólo hizo su sardónica mueca.

— Tengo derecho a saber -demandó sin mostrar su miedo en la voz.

— Queda usted arrestado por robo de propiedad intelectual — decretó el General Barrena —. La historia que usted tiene aquí, tiene la cesión de derechos a nombre de Tomás Pérez Sahagún. Sin embargo, está en sus manos — dijo señalándolas —. Robo básico.

— El Señor Tomás me la dio. ¿De qué está hablando? — exclamó y al terminar rápidamente entendió la trampa en la que había caído —. No, no puede ser.

La decepción fue inmediata, pero la aceptación siendo más paulatina, resultó en confusión, tristeza e ira luchando en su cara y cejas.

— ¿Todo esto, por buscar la verdad?

Como respuesta, los finos labios de Barrena se rompieron a carcajadas. Recomponiéndose, en un tono bajo y frío, acercándose a él con la cara en alto, el déspota respondió:

— La verdad, bien o mal, cómo lo juzgue usted, es que el pueblo se agrupa de acuerdo a su debilidad -su gastada cara, ahora sin expresión, se expuso ante la luz de un carro pasando —. Digamos que éste es un empujón hacia dónde usted pertenece.

En seguida, una jaula azul se formó alrededor de Elías y pronto cerró en implosión, transportándolo al lugar donde nadie que lo conoce vive para contarle.

Ruina donde había vida.

A la medianoche, en una amplia y blanca oficina, dos hombres parecían negociar:

— Bien hecho. ¿Cómo dice siempre, ‘las palabras valen oro’? Aquí tiene.

En el escritorio reposó una bolsa llena de dinero.

— ¿Estará bien...? — al ver la cara sin expresión del General, el Señor Tomás pensó en dar una aclaración —. El niño.

— Primera y última vez que me pregunta eso — prendió un puro y mecánicamente extendió su brazo hacia el hombre en la silla que lo tomó en acatamiento —. No se encariñe, Señor. Usted me da a los buenos escritores, al Don Nadie que confía en usted, y yo el dinero para mantener este capricho de trabajo. Esto sólo fue un inconveniente. ¿Quiere hacerlo más grande?

— No, General. Mire, sólo era curiosidad. Lo que usted diga — fue su respuesta al mismo tiempo que guardaba en su caja fuerte las secretas ganancias.

El corazón escurrirá sangre, hambre.

Abriendo puerta tras puerta con infinitas llaves de diseños complejos, por fin se llegó a una llave color rojo oscuro portando círculos a los lados, que reveló un cuarto gigantesco y lóbrego, donde en medio había una enorme celda transparente. Dos militares sujetaban de los brazos a Elías severamente, en semejanza al resto de los prisioneros en fila.

El primero en la línea fue aventado dentro de la caja de cristal y un soldado abrió una puerta al costado de la caja y lanzó un libro hacia su interior, cerrando la puerta antes de que el libro tocara el suelo. Elías alcanzó a leer el título; “El pulpo diabólico” voló hasta los pies de la víctima. El preso dentro, desconcertado, frunció el ceño antes de que una inmensa luz inundara al cuarto y cegara momentáneamente a todos. Lo siguiente que divisaron, estupefactos y boquiabiertos, fue cómo de las hojas del librito brotaron grandes flamas con vida propia, homólogas a los largos tentáculos renegridos e infestados de parásitos que se dispararon en seguida, apoderándose del hombre. Tiraron de él con fuerza, le dieron una vuelta en el aire y, como acto final, lo arrastraron al interior del resto de las páginas hasta que sus gritos y el rugir de una tormenta marina desaparecían con el fuerte golpe de la portada contra la contracubierta.

Mientras el cuarto se transformaba en la definición de histeria, en olas de piel de gallina, el militar a cargo tranquilamente tomó el libro, sopló el poco polvo que se le pegó del suelo y lo regresó a su estante. Tomó otro.

— Tu turno — dijo a Elías, quien todavía sorprendido por lo que vio, comenzó a suplicar con enunciado tembloroso y tirando de su cuerpo hacia el

piso, aunque los soldados lo sostenían en su posición erguida.

— No. ¡No! Por favor, por favor, escuchen. No he hecho nada malo. ¡No!

De un empujón, tambaleó hacia adentro del compartimiento. Se dejó caer el libro: las palabras cobraron vida.

~

Cayó de espaldas en un arbusto a las orillas de un bosque, el fuste rasgó ligeramente su camisa y picó su piel. El cielo azul oscuro madrugador lo recibió al abrir los ojos. Apenas había amanecido. Sin previo aviso, comenzó a llorar y siguió llorando por un rato, hasta que una muchacha se acercó a él.

— ¿Hola? -dijo ella con una expresión más curiosa que sobresaltada. Sacó un pañuelo y se lo dio.

— Gracias -respondió Elías secándose las últimas lágrimas.

— Soy Elena. ¿Y tú?

Reconoció ese nombre. Alzó la mirada y el asalto de la coincidencia enfrió su estómago por completo. Notó la piel con pecas, el cabello castaño, los labios inusualmente rojos y, sobre todo, la caperuza. Ahí estaba la joven alegre e inocente. Todo exactamente como lo que su papá le había descrito alguna vez sobre una de sus tantas historias. Era su propia versión de Caperucita Roja. Una historia de terror.

— Oh, no — rió nervioso —. No, no. Esto no está pasando.

En esta versión, la caperucita ni siquiera llega a la casa de su abuela, ya que es devorada por el lobo en el camino del modo más grotesco, nauseabundo y sangriento. De un brinco enderezó su cuerpo, empezó a alejarse velozmente de ella, viendo en la periferia de su visión las imprecisas figuras verdes de la arboleda, chocando torpemente sin rumbo con unas raíces que escapaban en grandeza de la tierra. Espantados y alterados revolotearon los pájaros y su



Redon, O. (1905). *The Red Tree (El Árbol Rojo)* [Tempera sobre lienzo]. Van Gogh Museum, Amsterdam, Países Bajos

agudo canto penetró la piel como chillido. Elena extrañada, siguió sus pasos con calma e interés. Eventualmente lo alcanzó pues él, tras tropezar con una piedra, terminó en el suelo sobándose la rodilla.

— Entonces, ¿cómo te llamas?

Eliás, rendido ante la ironía de hablarle a un personaje de cuentos de hadas, al fin le respondió.

— Nunca te había visto antes, Eliás — comentó mientras le dio su suave mano para que se levantara y continuó-. ¿Por qué corres?

— Tengo que irme a casa.

— ¿Acaso vives por allá? — apuntó a un camino de piedras blancas.

Sin embargo, dando una lenta vuelta, el joven estaba muy ocupado observando con ojos brillantes el mundo que su papá había creado. Los delgados árboles en multitud rozaban las oscuras y redondas nubes como dedos al humo, el ligero aroma a manzana llenaba el aire, todos los trazos del narrador como pinceladas en el paisaje, ese narrador que tanto añoraba el vacío en su pecho. Al fin había escrito algo, el Señor Tomás no mintió del todo entonces.

— ¿Eliás?

— Ah, sí, sí — contestó sin prestarle mucha atención.

— ¡Maravilloso! Podemos caminar juntos y hacernos compañía,

— Disculpa, ¿qué?

— Estoy apunto de visitar a mi abuelita que también vive por allá. ¿Sí vives en el bosque, no? ¿Conoces a mi abuelita? Es muy linda. ¿Sí vienes? — lo interrogó con sus ojos verde claro, balanceando su canasta rebosante de frutas de un lado a otro.

— No, no, y -realizó una pausa- no.

— Entonces, ¿te quedarás aquí solo?

— Sí. Creo que tomaré una siesta mientras tú... — un escalofrío recorrió su cuello y desvió la mirada: vas al bosque.

La joven sonriente no supo cómo responder a eso. Le sonrió de despedida, se dio la media vuelta y recorrió el pasto hasta las piedras blancas. Elías la vió desde el tronco donde se recargó, sabiendo lo que iba a pasar. Por desgracia, súbitamente se sintió jalado por un hilo invisible, como marioneta fue detrás de ella. Se intentó aferrar a un árbol, rompiéndose una uña; trató de escarbar para que sus zapatos se quedaran sumidos en la tierra, pero nada funcionó. La estaba persiguiendo contra su voluntad, y por ende, sufriría el mismo destino que ella. Ella no se detenía. Pensó en permitir que llegara la crueldad y desear que fuera rápido, pero ver a Elena a punto de adentrarse en la oscuridad, tan crédula y divertida, brincando felizmente hacía una muerte horrorosa hizo que su corazón se acobardara. Comenzó a sudar y lo único que se le ocurrió fue decir:

— ¡Espera! — ella volteó con una dulce sonrisa y en el pecho del destinatario cruzó una sensación desconocida —. Todavía es muy temprano. Hay que esperar a que haya más luz y con gusto te acompaño, ¿sí?

— Si así crees que es mejor, no me opongo.

— Sí, sí, cuéntame, ¿qué hace alguien como tú en las mañanas? — preguntó al sentarse por un arbusto más atrás por dónde cayó, invitándola a hacer lo mismo.

Elías le sacó plática para hacer tiempo en ese paraje que era seguro, dado que él sabía que el lobo estaba escrito para únicamente acechar en las mitades del bosque. Seguro de que Elena concluiría que estaba loco si decía la verdad, tuvo que idear diversos temas de conversación. Cuando menos se dio cuenta, él se rió de sus historias y empezó a contarle las propias. Ella hablaba de sus rutinas y sueños, y él encontró un encanto inesperado ahí; ella pronunciaba palabras y él empezaba a ver colores. Elías en el fondo felicitaba al autor por haberla hecho tan agradable y

por su excelente sentido del humor, pero después recordaba que el mismo autor también la mataba de aquella manera y le abrumaba un mal sabor de boca.

Él esperaba y esperaba a que el sol se asomara por completo pero el horizonte nunca se aclaró, aunque la conversación fue extensa, el cielo se mantenía del mismo tono. Era un amanecer sin fin, como si el mundo, tal y como escenario, estuviera esperando con la paciente ansia de ojos invisibles a que la tragedia ocurriera. Entre momentos sin tiempo, el corazón de Elías latió más rápido, al igual que el de Elena, y sus manos sudaban cada que miraba su rostro, pero no era miedo lo que sentía.

***P**recisa vidente advierte lo siguiente:*

El baile de dos almas, lento y chispeante, mientras el mundo corre detrás como luz y acuarelas.

Si el autor hubiera engendrado esta escena, esto es lo que hubiera escrito:

Como dulce pegajoso

te quedas entre mis muelas

y, por mucho tiempo después de verte,

el sabor de tu imagen lo repite mi mente.

~

— Han pasado días y el niño no ha muerto. ¿Cómo no se percataron de esto?

— General Barrena, no sabemos cómo, pero el criminal parece haber conocido la historia. No se acerca al lobo.

Los ojos del comandante se alumbraron.

— Y...

— Hable.

— Y parece que se ha — buscó otra palabra antes de seguir, pero no encontró — enamorado.

Tras una corta meditación, el General rió ásperamente al percatarse de algo.

— ¡Pero claro que ya conocía la historia! El escritor ese es su padre. Soldado, asegúrese de que él lo arregle. Y que se paguen las consecuencias.

A*buela, esperas a la nieta que nunca va a llegar.*

En una de las celdas en las filas sobre filas de extensos pasillos en la gris prisión, estaba José, el padre de Elías. Su cara larga y cetrina, portaba manchas verdes y moradas de ojeras. Escribiendo. *Tac tac tac tic tac*. Se escuchó el azote de las rejas y se lanzaron las hojas de su primera historia en el escritorio. Tan cerca y a la vez tan lejos, cuánto tiempo y distancia sentía desde aquella ingenua y esperanzada ocasión que la escribió.

— Vas a arreglar esto.

Silencioso, sus ojos apenas y se movieron hacia el soldado entre sus acumuladas lagañas.

— Un prisionero no está cumpliendo con el orden natural de la historia. Tenemos una idea para que la modifiques.

— Ya no quiero — dijo negando bruscamente con su cabeza.

— Eres libre de parar, camarada. Solo recuerda, no haces nada y tu hijo se vuelve uno de ellos.

Una angustiosa lágrima cayó en las teclas de la máquina de escribir antes de que las hinchadas manos como plomo iniciaran su obligada labor.

~

La decoración del teatro cayó como papel; el mundo alrededor de Elías se desvaneció y en esa nueva sombra dos manos fueron atraídas por fuerzas opuestas hasta que tuvieron que dejarse ir. Lo último en consumirse y desaparecer fue la linda cara de la

confundida Elena. El hombre desesperado fue suspendido en el vacío de la oscuridad hasta colapsar en otro arbusto.

C*antan los pájaros al crepúsculo.*

En un limitado cuarto se encontraba un hombre sentado frente a su cuento de Caperucita; cambiando letras por aquí y por allá: *El preso había sido astuto, ¿su premio? Recordar todo sobre su pequeña historia de amor. ¿Su castigo? Ser el lobo feroz.*

Como dulce pegajoso

te quedas entre mis muelas

y, por mucho tiempo después de verte,

el sabor de tu imagen lo repite mi mente.

Elías López